



POR UN SECTOR SOCIAL DE LA ECONOMÍA

Augusto Serrano López

I. “Donde reinan la libertad, la igualdad, la propiedad y Benthan”

1. “**E**l antiguo poseedor de dinero abre la marcha convertido en capitalista, y tras él viene el poseedor de la fuerza de trabajo, transformado en obrero suyo; aquél, pisando recio y sonriendo desdeñoso, todo ajetreado; éste tímido y receloso, de mala gana, como quien va a vender su propia pelleja y sabe la suerte que le aguarda: que se la curtan” (C. Marx: El Capital, vol. I. cap.IV).

Y, no obstante, el obrero aún quedaba como lo otro, lo diferente del capital. Estamos aún a mediados del siglo XIX.

El capitalismo apenas estaba iniciando su “segundo movimiento” (Marx dixit). Si había comenzado su “primer movimiento” sobre los despojos del mundo feudal, supuestos que no eran los más idóneos, ahora comenzaba a “ponerse sobre sus pies” al generar todos aquellos supuestos que le son propios. Decimos “todos”, porque fue generando una tras otra cuantas dimensiones necesitaba para absorber todas las determinaciones fundamentales de la reproducción de las condiciones de la existencia, para “subsumir realmente” el trabajo en todas sus manifestaciones al capital.

Dos siglos ha tardado, según parece, para lograrlo. Dos siglos de continua y reciente transformación. Así comenzó a generar:

- las estructuras estatales apropiadas: la economía como asunto de los Estados Nacionales, como se trasluce ya en La Riqueza de las naciones” de A. Smith.
- las estructuras jurídicas apropiadas: leyes contra la vagancia, interiorización de la

Por un sector social de la economía

disciplina laboral de la que habla M-Weber, seguridad jurídica en los contratos y prestaciones y en las gestiones de la banca

- la fuente de energía apropiada: el paso de la madera a los combustibles fósiles como fuente de energía y poco después a la energía eléctrica y a la nuclear,

- la tecnología apropiada: la sustitución de la fuerza de tracción animal y la del viento por la máquina de vapor, la máquina de hilar de John Wyatt- la famosa “Jenny”, pasando por la organización de la producción fordista hasta la organización “toyota” de la producción en U y de los cinco ceros.

- el espacio apropiado: la superación del territorio nacional para dar paso a la expansión de capitales con la fase imperialista (Hannah Arendt) y, por fin, con la globalización planetaria de la economía.

- el tiempo apropiado: al lograr, mediante las nuevas redes y formas de comunicación, la reducción del tiempo (el “tiempo cero”) para los negocios.

- la ciencia apropiada: ciencia que comienza siendo Economía Nacional, sigue como Economía Política, pasando por el abandono del lado político de la Economía después del susto de la Comuna de París, para terminar como Econometría matemática al servicio del capital.

- la ideología apropiada: el neopositivismo triunfante en las ciencias y en la Econometría hizo lo suyo para por fin redondear el piso adecuado: había que negar las alternativas, cerrar el pensamiento al futuro, a lo posible, a la política, al Estado, a lo ecológico, a todo lo que pudiera entorpecer el libre curso de la acumulación por la acumulación en la lucha por la competencia mundial (Escuela de Chicago).

- la fuerza de trabajo apropiada: yendo desde el trabajador que se ha visto forzado a interiorizar la disciplina laboral y se subordina a la máquina, hasta el obrero que, “subsumido” y cosificado hasta límites insospechados, se puede definir hoy tranquilamente como “capital humano”.

- ¡Ninguna de estas nueve dimensiones existía antes de que el capitalismo “se pusiera sobre sus pies”!

No nos atrevemos a decir que estamos al final del camino ni creemos apropiado hablar de “tardocapitalismo”, que suena a fin de la jornada, pero algo parece abrirse camino: la sospecha de que estamos ante una fase no ya nueva, que lo es, sino, más aún, ante una fase del capitalismo en la que se juega su propia existencia y ello por el hecho de

que se ha quedado él solo con todos los resortes de vida humana y no humana sobre la Tierra y no parece haber abierto los ojos a esta situación y a lo que ello exige.

Desde esta plataforma mundial de producir y de reproducir las condiciones de existencia casi sin excepción en el mundo, porque hasta los países socialistas durante su fase más potente con pequeños retoques cumplieron a cabalidad con estos supuestos; desde esta plataforma hemos llegado a lo que hoy somos los siete mil millones de seres humanos y a lo que de la Tierra con mayúscula hemos hecho.

Es, por tanto, aquí donde hay que situar las preguntas sobre lo que somos, sobre lo que podemos hacer y sobre lo que conviene hacer. Pero antes hemos de prestar atención al discurso dominante que pretende dar cuenta y razón de lo que sucede y trata de cerrar todo otro horizonte de pensamiento que se le oponga.

2. Desde un discurso que se dice científico y parece haberse convertido ya en sentido común, pues aparece en los libros de texto de la Nueva Economía, nos dicen que el grado de productividad suele determinar el grado de competitividad, el grado de competitividad suele determinar el grado de la renta nacional y el grado de la renta nacional determinará el grado de empleo y bienestar que, a su vez, determinará el grado de consumo y ahorro que, por fin, determinará el grado de inversión en tecnología y, claro está, el nuevo grado en productividad que...

Lo dicen también los políticos asesorados por los gurús de la nueva economía (gestores de bolsa, directores de banco, profesores de economía) escondidos cómodamente y muy bien pagados tras las bambalinas del poder.

Lo decían los políticos antes de la crisis y lo siguen diciendo no sólo para salir de la crisis, sino más aún, para poder “crecer sostenidamente” (sic).

Y, como el problema social de mayor envergadura no es tanto que la bolsa suba o baje, sino el enorme y creciente desempleo global que amenaza con revueltas callejeras, caceroladas y demás formas espontáneas de protesta y aún con movimientos revolucionarios de gran calado, los políticos que quieren mantenerse en el poder o subir a él nos quieren hacer creer que, en realidad, lo que proponen al pedir, por ejemplo, adecuar y subordinar los salarios a la productividad, no es otra cosa que volver al crecimiento, esto es (y así lo entienden casi como sinónimos) generar empleo, acabar con las altas tasas de desempleo y, por qué no, mantener el estado social de bienestar.

Lo dicen tantas veces y con tanto énfasis que pareciera un teorema derivado de una “teoría estándar” de la Economía, al modo como la Física actual habla de universo.

¿Será este “teorema” fruto de una teoría científica estándar de la ciencia económica o, más bien, fruto de una postura ideológica que se ha impuesto y nos quiere hacer comulgar con piedras de molino?

Como corolario de este discurso se nos dice que para generar empleo de nuevo hay que crecer, al menos, más allá del 2,5% anual y hacerlo, por supuesto, “sostenidamente” (¡!). Pero, claro, en un mundo en el que han “entrado” países nuevos como China, India y Brasil con un ímpetu enorme, la competencia no permite respiro, por lo que o se es competitivo o se perece. Ergo: productividad y más productividad, no hay alternativa.

Esta situación ya no nos la cuentan sólo desde los libros. Es “la voz de los mercados” la que ya de madrugada nos dice todos los días desde Internet, televisión y demás medios de comunicación cómo nos va y lo que debemos hacer. Es la voz de los mercados la que señala lo que es real en política y lo que es utopía peligrosa, lo que es racional y lo que no lo es. Es, en fin, la voz de los mercados (expresada sobre todo por los mercados financieros) la que debe servir de guía y norma para ver lo que producimos y cómo lo producimos, lo que consumimos, lo que desechamos y lo que ahorramos, lo que hacemos del tiempo de nuestras vidas y lo que se nos ha de enseñar en las universidades, porque también ahí ha entrado ya como regla de vida o muerte la competitividad (“publica o muere” es el lema para seguir como docente) bajo el lema de “la calidad académica”, tal como suena el término “calidad” en la terminología toyota de los cinco ceros: cero defectos, cero averías, cero stocks, cero plazos, cero papel y, por supuesto, cero pensamiento crítico.

Resumiendo (y sin citar, porque esto es ya libro vulgar de texto):

- nos definen el crecimiento como el aumento de la renta o valor de bienes y servicios finales producidos por una economía en un determinado período y, por supuesto, lo ven como sostenible.
- nos definen la productividad como la razón aritmética de producto a insumo, dentro de un período determinado, con la debida consideración de calidad o como la relación entre los resultados y el tiempo utilizado para obtenerlos y, en realidad, la entienden como el proceso que asintóticamente va rellenando todos los poros del proceso productivo hasta reducir al máximo (idealmente a cero) el tiempo de producción.
- nos definen la competitividad como la capacidad de generar la mayor satisfacción de los consumidores al menor precio, o sea, con producción al menor costo posible, para poder vencer así al contrincante hasta sacarlo del palenque del mercado.
- y hay un hecho: se acorta el ciclo de vida de los productos por lo que aumenta

el riesgo de la obsolescencia de lo que se produce y, por supuesto, que también la obsolescencia del obrero.

II. Un nuevo sol ilumina nuestras vidas

1. Cipango o jih pen kuo significó desde la antigüedad “País del Sol Naciente”. Parece ser que fueron los chinos los que le dieron tal denominación al conjunto de las islas que le quedaban más al oriente y desde las que les llegaba el Sol. Japón es, por eso, el “extremo oriente”. El extremo occidente no puede ser otro que Norteamérica porque la Tierra es redonda. Pero por Copérnico nos enteramos de que no sale el Sol por ningún lado, sino que somos los seres terrenales los que lo vamos buscando en tanto giramos. Es ya parte de nuestro sentido común.

Eso creíamos. Desde hace décadas, la Tierra entera gira alrededor de otro sol, casi tan determinante para la vida humana como nuestra estrella radiante: es el sol de la bolsa que nace y se enciende por la bolsa de Tokio (habría que llamarle al Japón el “país de la bolsa naciente”), gira pasando por las bolsas de Pekín, Nueva Delhi, Moscú, Frankfort, Paris, Milán, Madrid y Londres, y se pone por la bolsa de Nueva York.

Todo comienza a girar alrededor de este sol de las finanzas mundiales porque, como en el sentido copernicano de la rotación de la Tierra, no es tanto que la bolsa salga, como que nosotros los seres terrenales la vamos buscando para orientar nuestras vidas en todos sus detalles.

A eso hemos llegado. Esto es lo que hemos logrado después de unos doscientos años de andadura moderna. Hemos conseguido generar fuerzas que se han abstraído de nosotros sus creadores, que han adquirido vida propia, con voluntad propia hasta elevarse casi sin materialidad que las haga depender de la gravitación humana y, desde arriba, dirigen y determinan nuestra suerte. Y la que más se ha elevado ha sido la esfera de las finanzas, la del capital financiero, que es la que se asoma cada día en la bolsa y deja oír su voz: es “la voz de los mercados”, de todos los mercados, pero expresada por la boca del mercado financiero que hace años dejó de depender de la esfera de la producción y hoy domina y predetermina casi todos los ámbitos de la existencia.

Cada día sale el sol de la bolsa por Tokio y se pone por Wall Street. En su recorrido, decide en cada país lo que se hace y cómo se hace y allí donde hay trabas Constitucionales, exige sacrificios y las elimina.

Los egipcios temían que el sol no saliera al día siguiente, por lo que ofrecían sacrificios para que saliera cada día. Nosotros estamos todos los días pendientes de la bolsa, de si sale y de cómo sale, y creo que ni se nos ocurre el pensamiento hipotético de pensar qué pasaría si, de pronto, desaparecieran todas las bolsas del mundo y no volvieran a salir.

¿Seguirían los panaderos horneándonos por la noche el pan con que desayunamos? ¿Irían a sembrar pimientos y zanahorias los campesinos? ¿Abriría la tienda de la esquina la señora Mariana? ¿Pararía delante de tu casa el autobús que lleva a tus niños a la escuela? ¿Abriría sus puertas el juzgado de guardia? ¿Saldría agua de la ducha por la mañana para poder asearnos? ¿Daría su clase el profesor de matemáticas en la Universidad? ¿Seguirían funcionando los semáforos de la capital? En fin, ¿seguiría la vida su curso sin atender a la voz de la bolsa? Actualmente los Gobiernos dicen que no. Que, sin escuchar la voz de los mercados que se expresa por la bolsa calificando o descalificando la deuda soberana y nuestra fiabilidad, quedaríamos fuera del concierto mundial y de las posibilidades del crecimiento con todo lo que ello comporta.

Pues bien, ¿qué es lo que ese crecimiento exige y comporta?

Crecer, para este paradigma que hemos descrito en la primera parte, no es, sin más, tener más obreros ocupados. Tampoco es ampliar la igualdad entre las personas ni tener más hospitales o escuelas. No. Crecimiento, ya lo vimos antes, es “el aumento de la renta o valor de bienes y servicios finales producidos por una economía (generalmente un país o una región) en un determinado período. Habitualmente el crecimiento económico se mide en porcentaje de aumento del Producto Interno Bruto real (PIB) y se asocia a la productividad”. La productividad nos elevará la competitividad y, con ello, estaremos en el mejor camino de crecer y crecer de forma sostenible y, ¿por qué no?, de generar empleo y bienestar, porque donde se produce mucha riqueza, dicen, habrá para más gente. En fin, estaremos en el mejor de los mundos posibles y, para nuestra tranquilidad, se nos asegura que no hay alternativa.

2. Glosando uno de los pasajes del Primer Manuscrito de los Manuscritos Parisinos de C. Marx de 1844, diríamos aquí: como ven, hemos partido de los presupuestos de la Nueva Economía, esto es, de la economía Neoclásica en su máxima expresión de la Escuela de Chicago. Hemos aceptado su terminología y sus leyes. Damos por supuesta la posibilidad del crecimiento sostenido, la necesidad de la productividad para satisfacer la competitividad y así generar crecimiento, que llevará necesariamente al empleo y aún al pleno empleo; damos por supuesto la ventaja del sector privado sobre el público en cuanto a productividad y eficiencia, por lo que el Estado deberá reducir su presencia tanto en la dirección como en la regulación de la economía; asumimos la necesaria subordinación de los salarios a la productividad, la libre circulación de mercancías y capitales y la libre marcha general de los mercados.

Parece ser que el discurso anterior no pudiera desprenderse de un hito decisivo: que el crecimiento sostenible no sólo no es un disparate, sino que es la *conditio sine qua non* para que las sociedades prosperen. Hablar de productividad, de competitividad

y demás categorías económicas que no vayan encaminadas a que la economía crezca sin cesar sería, según esta teoría, un despropósito. Porque la productividad hace crecer el producto y, de paso, lo hace con mayor rapidez, ahorrando tiempo de producción, que significa ahorro de costes de producción, lo que lleva a la baja de precios de producción y a mayor competitividad en los mercados... ¿Por qué no pensar, siguiendo esta línea, que se pueda crecer y crecer sin límite a la vista, en tanto se hagan las cosas como pide la teoría, esto es, en tanto se consideren todos los factores que entran en juego, incluido el beneficio que es, objetivamente hablando para todos los que concurren en el mercado, el verdadero y único acicate racional para esta senda del crecimiento? Esto es: teniendo en cuenta todos los factores.

Dejemos de lado este primer acercamiento para más tarde y pasemos directamente al taller de la producción para ver lo que está sucediendo allí desde hace ya más de un siglo. Tomemos por la palabra a estos hijos de la “mano invisible de los mercados” para ver adónde nos quieren llevar.

3. Esta es la postura de la derecha mundial. Postura que la está asumiendo poco a poco la socialdemocracia europea (dicen que por la fuerza de los hechos) y que le cierra el espacio a todo otro discurso alternativo. ¡Están cambiando las Constituciones de las naciones para calmar la poderosa voz de los mercados! ¡Resulta ahora que muchas naciones habían elaborado de forma irresponsable hace años sus Constituciones, sin tener en cuenta a los mercados! Es aquí donde se debe instalar el discurso alternativo: tomando por la palabra este modo de pensar que pretende aparecer como lógicamente coherente y científico, para llevarlo a límite y poder ver adónde nos lleva. Se trata, por tanto, de mostrar:

-Que la productividad hoy no se logra aumentando el número de obreros en la cadena de producción, sino incorporando la tecnología más adelantada con el consiguiente aumento de desempleo (y no sabemos de ninguna empresa que, superado el momento de crisis en que tuvo que deshacerse de 20.000 obreros y habiendo comenzado a tener otra vez ganancias notables, haya vuelto a emplearlos).

-Que el aumento de la productividad aumenta ciertamente la competitividad y posiblemente la renta nacional (PIB), pero que no vale el conocido símil de la copa de champán que derrama la riqueza producida por sus bordes y a todos beneficia, sino todo lo contrario: que lleva a una concentración de la riqueza nacional en manos de unos pocos.

-Que el estado de bienestar que se está destruyendo a marchas forzadas no puede depender del grado de productividad y competitividad ni por tanto del grado de un crecimiento sostenible alocado, cuanto del modo de

generar riqueza social de acuerdo a las necesidades de los seres humanos.

-Que incluso la conocida Matriz Insumo-Producto de Leontief que nos aseguraba la evolución del mundo laboral capitalista hacia el sector terciario dando empleo a la mayoría de las personas comienza, en este inicio de siglo, a no valer sin más, pues este sector está entrando a marchas forzadas, y siguiendo la exigencia de la productividad, a producir desempleo y acabar con el estado de bienestar.

4. La Crítica

Comencemos por el crecimiento.

A primera vista, la economía no puede permanecer estancada, aunque sólo sea porque la población crece y crece con ello la demanda de bienes y servicios. El estancamiento es la fase inmediata para la recesión y todos sabemos lo que sucede a los países en períodos de recesión. De modo que habrá que crecer y hacerlo sostenidamente. Parece ser que no importa cómo, pues de lo que se trata es de aumentar el PIB y eso se logra produciendo patatas o camiones o armas o guerras, que de todo hay. Lo importante no es qué se produce, sino cuánto y cómo se produce. Hay que crecer y hacerlo con mayor brío que los posibles contrincantes, esto es, creciendo más y más rápido. La pregunta es, ¿hasta dónde hay que crecer? Porque esta Nueva Economía nos dice que hay que crecer, pero no explica el mismo crecimiento, que se supone ha de realizarse en este mundo, en esta Tierra, con estas gentes y con estos aires y estos mares y este Sol que nos ilumina.

Hoy, crecimiento se suele querer hacer sinónimo de Desarrollo y, con ello, lo que se hace es desdibujar el mismo concepto de Desarrollo que parecería apuntar no a la cantidad (al PIB), sino a la cualidad de la vida. Pero, en fin: de lo que se trata aquí es de mostrar, al menos, dos cosas: -que el crecimiento no lleva necesariamente al empleo y al bienestar: aún en los momentos de mayor crecimiento económico de los países, el desempleo no ha dejado de crecer y, sobre todo, la riqueza producida, hoy lo sabemos bien porque hasta se hace público este hecho, en lugar de distribuirse entre las gentes, se ha ido acumulando cada vez en menos manos hasta producir desigualdades que claman asustan por su magnitud: “En el planeta, 1% de los adultos más ricos acapara 40% de los activos globales, 2% detenta más de la mitad y 10% concentra 85.1% de la riqueza global. En el extremo opuesto, la mitad más pobre de la población adulta del mundo únicamente posee 1.1% de la riqueza global” (David Márquez Ayala: La distribución de la riqueza en el mundo);

-que el crecimiento sostenible es un disparate: “Las afirmaciones de lo imposible son el fundamento mismo de la ciencia. Es imposible: viajar a más velocidad que la de la luz; crear o destruir materia-energía; construir una máquina de movimiento perpetuo,

etc. Respetando los teoremas de lo imposible evitamos perder recursos en proyectos destinados al fracaso. Por eso los economistas deberían sentir un gran interés hacia los teoremas de lo imposible, especialmente el que ha demostrarse aquí: que es imposible que la economía del mundo crezca liberándose de la pobreza y de la degradación ambiental.

Dicho de otro modo: el crecimiento sostenible es imposible. En sus dimensiones físicas, la economía es un subsistema abierto del ecosistema terrestre que es finito, no creciente y materialmente cerrado. Cuando el subsistema económico crece, incorpora una proporción cada vez mayor del ecosistema total, teniendo su límite en el cien por cien, si no antes. Por tanto, su crecimiento no es sostenible. El término ‘crecimiento sostenible’, aplicado a la economía, es un mal oxymoron: autocontradictorio como prosa, y nada evocador como poesía” (Herman E. Daly: Crecimiento sostenible: un teorema de la imposibilidad. En: Desarrollo. Revista de la SID. n° 20, 1991; pág. 46).

Por lo tanto, crecimiento no es, sin más y sin explicitar en qué y cómo y a qué ritmo y dónde y con quiénes y con qué medios y para qué, un índice de empleo y mucho menos un índice de bienestar social. Por el contrario: aparecen más bien los resultados del crecimiento de los últimos cien años como fruto de un camino desbocado que amenaza nuestro futuro y exige un cambio de rumbo, si lo que deseamos es seguir viviendo sobre esta Tierra.

Para crecer en el mundo globalizado en que ya estamos hay que ser competitivo, esto es, se ha de producir en mejores condiciones que los demás, producir mejores cosas y más baratas para venderlas finalmente, porque hay quienes las desean y pueden comprarlas. De modo que si lo que producimos no se realiza como mercancía, tampoco podremos crecer.

Y aquí comienza a exhibir sus paradojas todo este sistema de pensamiento y de reproducción. Porque para crecer hay que ser competitivo y, para ello sólo se conoce una fórmula: elevar cuanto sea posible la productividad.

Ya desde que nos lo señalara Adam Smith en la Riqueza de las Naciones, la productividad se logra organizando en cooperación la división técnica del trabajo y mediatizando las tareas laborales con la tecnología de máquinas y demás mediaciones.

Se trata de ir llenando todos y cada uno de los poros del proceso de producción cuanto sea posible para que no haya interrupciones ni errores ni retrocesos (que esté todo “justo a tiempo” dirían hoy los ingenieros de la Toyota), para que el tiempo de producción sea lo más corto posible, porque el tiempo de producción es, por así decir, algo indeseable en tanto produce costes. Idealmente hay que pensar este tiempo de producción tendiendo asintóticamente a cero, cosa imposible, pero sí orientadora,

ya que indica cuáles son los elementos que alargan con su presencia este proceso y resulta que son los obreros que, como seres vivos, se enferman, tienen achaques, han de ir al baño o incluso se rebelan y se asocian en sindicatos, etc. Por todo esto, introducir tecnología tanto en la organización de la cadena productiva como en el sistema de máquinas (en forma de U y con los cinco ceros como lema, por ejemplo), significa ir desprendiéndose del obrero en la medida de lo posible y eso no sólo porque la reducción de los salarios tiene un límite debido a las organizaciones sindicales.

Así que el crecimiento que ha de hacerse en competitividad y ésta ha de lograrse con productividad, lleva consigo el crecimiento del desempleo llegando este desempleo a convertirse en estado estructural y no meramente coyuntural.

Según la Matriz Insumo-Producto de Wassily Leontief, el sector terciario de los servicios ha venido absorbiendo a los obreros que desalojaban los sectores primario y secundario. De hecho y durante bastantes años, en los países más desarrollados ha sido esta la tendencia, pero resulta que a inicios del siglo XXI comienza a verse la misma tendencia hacia el desempleo en el sector terciario y no se sabe de un cuarto sector que vaya a ocupar a los miles de millones de desocupados que habrá antes de llegar a mediados de este nuevo siglo:

-se está produciendo ya en la sanidad, en la educación, en la administración, en el comercio, en el turismo, en el transporte, en las comunicaciones y en las finanzas. La banca arroja sin cesar a sus empleados a la calle, el Estado lo hace con sus funcionarios, cada día se van más maestros a la calle, en sanidad se cierran ambulatorios, allí donde ayer había un ser humano para vender un billete de tren, de metro o de avión, hoy hay una máquina que la gente no sabe cómo manipular. Servicios y más servicios, dependencias de la educación, de la sanidad, del Estado que por las exigencias de los mercados y en nombre de la productividad, del ahorro y de la competitividad se quedan sin personas y dejan a la gente en manos de ingenios tecnológicos desalmados que desorientan y hacen perder la paciencia.

III. Buscando un sector de la economía para la vida

Hay que doblegar al capital.

Pero hay que doblegarlo desde el Estado

Si todo esto sucede porque hemos generado relaciones que gravitan sobre nuestras cabezas como si tuviesen voluntad propia y estas relaciones están generando situaciones y circunstancias de alto riesgo y peligro para los seres humanos, entonces la tarea consistirá en doblegar al capital: en volver a determinar la vida humana no desde la bolsa y desde la “voz de los mercados”, sino desde una política que tenga

como norte el bienestar de todos y que privilegie lo común, lo público, sobre lo privado. La política no prostituida debe subordinar a los mercados. Hay que doblegar al capital.

Hay que doblegar al capital, pero, ¿cómo?

Posiblemente haya que hacer uso de aquello que Hegel llamaba la “astucia de la razón” y no sólo tomar por la palabra a este discurso dominante y ver lo que da de sí para exhibir sus paradojas, sino, más aún, buscarle al sistema económico que nos domina sus grietas para idear el modo de dirigir desde la política su enorme potencial hacia formas de vivir que no están en su finalidad, pero que se pueden desarrollar, porque, sin proponérselo y como subproductos, las está generando.

-Hoy se están produciendo ya en mínimos de tiempo suficientes medios de vida para todos los seres humanos (Véanse los informes de la FAO), precisamente por las altas cotas de productividad alcanzadas en los últimos cien años que, por cierto, no iban encaminadas a que cada ser humano sobre la Tierra pudiera comer tres veces al día, ir bien vestido, que tuviera educación y un techo digno que lo cobijara, sino a obtener máximos beneficios. Teóricamente hablando, se cumple aquello que Carlos Marx anunciara a mediados del siglo XIX: que llegado a esta fase, se estaría produciendo, junto a los innumerables productos, algo que no estaba en la meta de este modo de producción: el “tiempo disponible”. Y lo decía con unas palabras que debemos recordar por su profundidad: “La creación de la riqueza real deviene menos dependiente del tiempo de trabajo y de la cantidad de trabajo utilizado que del poder de los agentes que son puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo y cuya poderosa efectividad no está en relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción, sino que depende más bien del nivel de desarrollo de la ciencia, del progreso de la tecnología o de la aplicación de la ciencia a la producción...

Depende, por tanto, del grado de productividad alcanzado el que una parte del tiempo de producción sea suficiente para la producción inmediata y el que una parte cada vez mayor sea utilizada para la producción de medios de producción. Esto supone que la sociedad puede esperar” (C. Marx: Líneas fundamentales para la crítica de la Economía Política (Grundrisse). Vol. II, págs. 90-92. Grijalbo, México 1977).

El capitalismo, sin proponérselo, genera productos y relaciones de la más diversa índole. Del mismo modo que genera sin necesariamente proponérselo deterioro de la naturaleza y que la teoría económica trata de verlo como “exterioridades” sin serlo, ha generado también sin proponérselo algo que antes no estaba ahí: el tiempo disponible.

“La creación del tiempo disponible, al margen del tiempo necesario para la sociedad en

general y para cada miembro de la misma (es decir, espacio para el desarrollo pleno de las fuerzas productivas del individuo y por tanto también de la sociedad) esta creación de tiempo de no-trabajo se presenta, desde el punto de vista del capital, como en todos los estadios anteriores, como tiempo de no trabajo. (Ibid. pág. 93)...Tan pronto como el trabajo en forma inmediata ha dejado de ser la fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo tiene que dejar de ser su medida y, en consecuencia, el valor de cambio tiene que dejar de ser la medida del valor de uso” (Ibid. pág. 91)...Entonces ya no es en modo alguno el tiempo de trabajo, sino el tiempo disponible la medida de la riqueza. (Ibid. pág. 94)...Una Nación (dice Marx citando a *The source an Remedy*) es realmente rica cuando en lugar de trabajar 12 horas, trabaja 6. Riqueza no es poder de disposición sobre el tiempo de plustrabajo, sino tiempo disponible al margen del necesitado para la producción inmediata para cada individuo y para toda la sociedad” (Ibid. págs. 91-92).

A las muchas cosas malas que el capitalismo ha generado proponiéndoselo o no, la sociedad ha tratado de ponerle límites para evitar males mayores. Así, límites a la contaminación, a los horarios excesivos de trabajo, al trabajo de los niños, a las guerras imperialistas, al incumplimiento de los derechos humanos, a la generación de monopolios, al abuso de las patentes, a los excesos de la pesca, al derroche de energía y demás recursos no renovables, a las minas, a las bombas de rocío, etc.

Pero hemos de tratar de aprovechar también para el bien común aquellas otras dimensiones que ha generado sin proponérselo, pero que son buenas: una de ellas es que se ha alargado la vida de las personas, que se han erradicado enfermedades y, para nuestro tema, que hay ahí un tiempo disponible que aún no tiene contenido, pero que debemos dárselo.

Y una de las dimensiones que a ese tiempo puede dársele es la generación masiva de empleo y, teóricamente hablando, hasta la del pleno empleo.

Ya no es imprescindible sojuzgar a pueblos enteros para adquirir beneficios en las empresas (como en la fase imperialista) ni es necesario para prosperar alargar la jornada de trabajo o hacer trabajos de alto riesgo como en la minas, porque las máquinas pueden hacerlo. De modo que si ya se pueden generar los medios de vida necesarios en mínimos de tiempo, y el “se” se refiere al conjunto de la humanidad, entonces la política que es el arte de lo posible y yo diría de lo posible-lícito y conveniente (conveniente para todos) debería idear las mil y una formas de empleo humano para darle a la vida humana, más allá de la satisfacción de las necesidades elementales, el esplendor que requiere ,donde se conjugue lo público con lo privado y donde lejos de desaparecer lo individual, se eleve a cotas antes nunca vistas.

Desde hace muchos años, se han sugerido suficientes alternativas y formas de generar empleo novedoso, precisamente cuando la elevada productividad desaloja obreros sin

cesar. Para comenzar, lo hizo C. Marx, a mediados del siglo XIX en los Grundrisse (Líneas fundamentales para la crítica de la Economía Política) y lo han hecho otros autores de mucha solvencia científica como Jeremy Rifkin, Heilbroner, F. Hinkelammert, Herman E. Daly o Joseph E. Stiglitz y yo mismo lo he glosado en mi libro Migrando sobre la Esfera. Pensar el desarrollo en la globalización desde América Latina.

Para bien y para mal, el mundo que nos ha salido, éste que tenemos hoy, ha sido el resultado de toda la humanidad. Unos dirigiendo, otros obedeciendo; unos dominando, otros subordinándose; unos disfrutando, otros sufriendo: unos esquilmando y robando recursos, otros viendo cómo se los robaban; el primer mundo progresando, los otros mundos subdesarrollándose; unos venciendo, otros perdiendo, todos de alguna manera hemos cooperado sabiéndolo o no a la construcción de esto que ahora tenemos. De modo que, más allá de lo que cada uno piense que es suyo y legítimamente suyo, hay esferas, relaciones, ámbitos que han ido saliendo sin que nadie se lo propusiera, quizás como subproductos, unos buenos y otros malos, pero que no son de nadie en particular: son de todos por igual. Los “efectos indirectos de la acción directa” (Hinkelammert), si son nocivos y peligrosos los padecemos todos, pero los “efectos indirectos de la acción directa”, si son buenos, también tenemos que disfrutarlos todos. Y, para que esto se cumpla y nadie quiera apropiárselos de forma privada, es el Estado el que debe velar para que sea el común quien se beneficie. Es el Estado, ejerciendo como tal mediante la acción política legítima y necesaria, el que ha de velar para que el aprovechamiento sea de todos.

La lucha hay que darla desde el fortalecimiento del Estado como el representante de todos, desde la renovación de la política entendida como la esfera que nos hace seres humanos diferentes de los animales y en la que todos participamos. ¡No somos “capital humano”, sino sujetos, personas, ciudadanos hartos de tanto sojuzgamiento! Estamos ante el “Imperativo categórico de echar por tierra todas las relaciones en que el hombre sea un ser humillado, sojuzgado, abandonado y despreciable” (C. Marx: Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel. Fischer. Frankfurt 1971; pág.24) La esfera política debe ser la orientadora, directora y decisoria de la vida humana, en tanto hace oír su voz y subordina la acción del mercado a las necesidades humanas y no a la inversa.